

LA TRAMPA DEL CONSENSO

FAY previstas en la Constitución 25 leyes orgánicas, según nos dijo el muy puesto senador aragonés Lorenzo Martín-Retortillo. Hay, por tanto, campo más que suficiente para cambiar, acentuar o aminorar no poco de lo que en el texto constitucional se afirma.

Las delicias del consenso se acabarán alguna vez, profetizaba el sonriente senador Osorio. Y entonces decidirá uno. Acaso entre los motivos que UCD tenga para no querer ahora elecciones generales esté el de preparar a su aire las leyes orgánicas. Porque ellas van a ser, como la letra pequeña de los contratos, las decisivas para fijar el rumbo constitucional futuro.

Así que tenía mucha razón Ollero cuando hablaba de la importancia del Tribunal Constitucional y de la legislación constitucional complementaria, formada por esas leyes. Y la importancia es bastante mayor en una Constitución como ésta, voluntariamente vaga para que valga para todos y permita eso que llaman "uso alternativo".

Esto no es una trampa saducea, ésas de que hablaba el entoisonado duque de Fernández, sino una trampa ucedea. Salvo que UCD se convierta en cazador cazado y sea el PSOE quien gobierne tras unas elecciones, si las hay. Después de todo, el señor González (futuro entoisonado duque de González) ha dicho en Yugoslavia que para el próximo año vivirá en la Moncloa. ¿O sea que para entonces el consenso habrá ido tan lejos que el matrimonio González-Romero irá a compartir el palacio con el matrimonio Suárez-Illana?

Con mayoría absoluta, el partido o coalición dominante podrá hacer y deshacer y, son palabras de Ollero, "hacer del poder legislativo una especie de poder constituyente permanente".

Remedio. Establecer para ciertas leyes orgánicas —precisamente aquellas que más pueden afectar al sentido amplio de la Constitución— una especie de reserva constitucional por la que se exija una mayoría mayor.

El senador Ollero predicaba en desierto. Y, hombre habitualmente apacible, llegó a enfadarse ante el poco interés que

En una semana, sábado incluido, el Senado aprobó 126 artículos del proyecto constitucional. La máquina del consenso, lenta en los primeros días del Pleno, empezó a correr. Y los ataques contra el consenso vinieron de todos los grupos. De todos los grupos que están fuera de él, naturalmente. Y de algunos salen voces señalando peligros futuros. Aprobada la Constitución habrá que complementarla y desarrollarla con leyes orgánicas. Quien las haga y oriente, modelará la Constitución y la política a su manera.

VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO

los partidos mayoritarios se tomaron en rebatir su enmienda: "¡No hemos oído ni un solo argumento en contra!". No era necesario. Estaban los votos. Y estos fueron los votos: 15, a favor; 114, en contra; 19, abstenciones.

Ahora, a esperar la letra pequeña, que aquí "se da" toda.

El abogado de Dios

Quien estuvo mucho por el Senado la semana pasada fue Dios. Más que Fernández Miranda, que no aparece por allí.

Dios es la democracia y Carazo su profeta.

Don Fidel Carazo, hombre de verbo más caudaloso que el Duero, es soriano y quiere meter a Dios en la Constitución. A la Constitución todo el mundo quiere meterle algo dentro: desde balas hasta enmiendas.

"Sin Dios no es posible la democracia", dice don Fidel. Y asegura que "el mundo nuestro anda hecho un verdadero lío" y que "ni siquiera se salva del cataclismo la Iglesia católica" (y tanto: como que el pobre Papa se muere del susto ante lo que se le venía encima. Y ya la Constitución lleva dos Papas por delante y Clemente del Palmar).

Desde su Sinaí senatorial este Moisés de los pinares gritaba: "Dios es el que es y basta".

A veces quien parece ser el propio Dios es Xirinacs. Nada menos que 82 enmiendas ha presentado el ministro del Señor. Y, además, las defiende. No es que quiera enmendar la Constitución, es que quiere hacerla nueva.

El joven senador socialista Laborda, que tuvo una intervención muy lucida, dijo que Xirinacs era como Campanella. Laborda vive en el error. Campanella imaginaba una utopía. Xirinacs quiere realizarla. Una tarde sintióse Paracito y en un nuevo Pentecostés pedía el don de lenguas para las estenotipistas. Además de castellano (o

español) habían de saber catalán, gallego y euskera.

También estaba Dios con el senador Osorio. La que no está con él es UCD. Y a ella se dirigía en sus intervenciones. En la última amplió el auditorio y envió a todo el Senado teológicas lenguas de fuego.

El diablo estuvo representado por su abogado el senador independiente Cordero del Campillo. Respetuoso de Dios, quería por eso que no se tomara su santo nombre en vano.

Y así Dios no entró en la Constitución y, además, los senadores reales salieron.

En las legislaturas venideras no habrá senadores designados y el voto popular será la única vía de acceso. El Senado se autoutilizó con el hacha del consenso. El comunista Mateo Navarro, senador por Alicante, dio un paso más y pidió el suicidio. "Temo que esta Cámara que vamos a perfilar es una Cámara perfectamente inútil y no es ni siquiera ornamental". He aquí un hombre que no quiere meter nada en la Constitución, sino al revés.

Otro senador comentaba: "¡Hombre! ¿Qué va a querer el PCE? ¡Pues suprimir una Cámara donde no tiene a nadie!".

El río que nos lleva

José Luis Sampedro, que además de economista y senador real es autor teatral y novelista,



El senador real Carlos Ollero con la senadora ucedea de Albacete Juana Arco. Ollero llamó la atención sobre las trampas del consenso.

A la hora de la verdad, o sea del voto, Dios quedó en minoría. Sólo cuatro senadores hicieron de mártires y dieron testimonio de su fe. Fueron, junto a Carazo, el almirante Gamboa y los ucedeos Calvo y Marco Tabar. Socialistas, catalanes, vascos, Ollero, Víctor de la Serna, Sampedro y el singular ucedeo canario Achenk Galván (el hombre que llora) dijeron que no. Todos éstos irán al infierno senatorial, lugar donde Oreja y Martín Villa castigan con discursos a los réprobos.

Los ucedeos se abstuvieron e irán al limbo. Es decir, a la España oficial; España de consenso y pandereta, Senado y canonja.

publicó hace veinte años una hermosa novela llamada "El río que nos lleva". Cuenta la vida de los gancharos que transportaban troncos por el río Tajo hasta Aranjuez.

Aquí, en el río del consenso, los gancharos son Jiménez Blanco y Francisco Ramos.

Francisco Ramos, portavoz del PSOE, es funcionario y lo parece. Ejerce su labor consensual con burocrática aplicación.

No es que Jiménez Blanco consense por alegrías, pero adorna la faena un poco más. Tiene un inmenso cartapacio sobre las rodillas, donde apunta el debe y haber de la contabilidad constitucional. Desde su



Pedrol, De la Cierva, López Pina y Agullar Navarro. En el remate constitucional y consensual de esta semana se verá la discutida enmienda del senador De la Cierva sobre temas culturales.

escaño levanta la vista a la elevada mesa presidencial y tuerce la boca, ora a la izquierda ora a la derecha, según sea el consenso dominante. Luego otea la mesa de la Comisión, situada en un plano inferior a la mesa presidencial pero algo más alta que los escaños, y guía un ojo a Ricardo de la Cierva. Finalmente, mira a los escaños socialistas y con un parpadeo mafioso telegrafía a Ramos la propuesta consensual.

Como el portavoz socialista está de espaldas, me pierdo sus virtuosismos faciales. Con todo, el consenso es tan grande que se nota hasta por detrás.

En ocasiones algún independiente se desmanda. Entonces, el señor Ramos, menos cachuzado que Jiménez Blanco, se inquietaba por las andanzas del senador cimarrón. Agitado, mira a Vida Soria y Sainz de Varanda, edecanes jurídico-constitucionales del portavoz socialista. Entonces Jiménez Blanco, advertido del desasosiego consensual, sonríe beatíficamente e indica serenidad con gestos casi episcopales. Todo va bien.

El estupor del filósofo

Alguna vez exageran el celo consensual.

Una tarde había varios votos particulares presentados a un artículo sobre la educación. Y entonces, antes de que se debatieran las propuestas, socialistas y ucedeos anunciaron que iban a votar en contra.

El resorte de la razón vital hizo saltar de su escaño real al filósofo Julián Marías, que se fue al podio dispuesto a fustigar el consenso a golpe de sorites.

"Tengo que hacer una declaración inicial de estupor" (es el estupor un buen principio para filosofar). Y el filósofo vallisoletano de la calle Colmenares nos dijo que los portavoces de UCD y PSOE habían abolido en unos momentos toda la tradición democrática desde la democracia ateniense hasta este Senado (como el sol para Galileo, la democracia para Marías parece ser si "eterna non, ma ben antica"). "Nos han declarado que van a votar contra todos los votos particulares que vamos a defender, no que hemos defendido, digamos lo que digamos..."

Ramos se levantó y dijo: "El debate se va alegrando". Y luego, llevado de una peligrosa incontinencia estimulológica, añadió: "Esto va tomando un aire agorero de agora", frase que levantaría al hispalense San Isidoro de su difunta y amojamada placidez.

E insistiendo en el camino de la incontinencia, en lugar de contestar las razones de Marías, lanzó un inelegante ataque a los senadores reales, ya apeados de la Cámara por el proyecto constitucional.

No seré yo quien defienda miembros designados en una Cámara colectiva. Pero resulta que unos senadores y otros están en la Cámara por la misma legalidad (Ley para la Reforma Política)... ¿Por qué enfadarse con estos hombres que se van? Cuando no estén habrá perdido Ramos la oportunidad de hablar con ellos de ágoras y augures y de conversar sobre grandes escritores españoles. Por ejemplo: con Ollero, de Galdós; con Sampedro, de Baroja, y con Cela, de Cela, naturalmente.

Días antes, a propósito del tema monarquía-república, Ramos habló en nombre del PSOE. En su intervención contó primero el espléndido discurso de Gómez Llorente en la Comisión del Congreso, luego el no menos bueno de Peces-Barba en el Pleno, a continuación el excelente de Felipe González al final de ese Pleno, después el documentado informe de López Pina en la Comisión del Senado... Finalmente, acabados ya los discursos ajenos, concluyó el propio y sentóse muy tranquilamente.

Fue el suyo un papel disciplinado y sin posibilidad de error en la línea del partido. Pero parece que impropio en un tema tan importante del portavoz de un partido tan importante que es ya, según los sondeos, primero de España y quinto de Alemania.

Hacia un final feliz

El tema vasco planeaba por el Senado, aunque no será planteado hasta esta misma semana.

Gracias al senador Monreal tuvimos un adelanto, un "trayler". Quería Monreal la doble nacionalidad para los vascos del mediodía francés. Invocaba argumentos raciales e históricos, de merindades del año 1530 (después de Cristo).

Le dijo que no el escritor y diplomático Fernando Morán,

uno de los fichajes del PSOE de cara a la nueva temporada. Con piadosa claridad explicó Morán lo que es un tratado de doble nacionalidad (los únicos sujetos para un tratado así son los Estados). Algo también señaló de que no quería ser historicista, en un país de historicistas, pero para añadir que era pasarse sacar el ejemplo de la merindad. Voluntariamente dejó un problema fuera: ¿Cómo conceder la nacionalidad a los vasco-franceses y dejar fuera a los demás? Sería, evidentemente, una discriminación poco democrática.

El infatigable y evangélico Xirriac presentó más tarde otra de sus numerosas enmiendas. Le dijo que no con mucha gracia el ucadeo murciano Salvador Ripoll: "En la Comisión, Napoleón incruento, le vi anexionarse el Rosellón, Portugal, etcétera. Y ahora quiere modificar desde aquí la legislación de otros países. Le recuerdo que la inmunidad parlamentaria sólo le protege en España y que no le protege ni en Francia ni en Portugal..."

La primera puntada al desconsenso consensual de la comisión la dio un gallego, Pérez Puga. El consenso (que se llevó por delante unas hermosas propuestas de Gloria Bugué, catedrático y senadora real) recibió ataques desde muchos sitios.

Don Fidel Carazo, muy enfadado, diría que en el principio no fue el Verbo, sino las dos mayorías senatoriales. Luego anunció la retirada de sus sesenta y cinco enmiendas personales y pedía airado "que todos renuncien a sus votos particulares y esta misma tarde digamos sí a la Constitución con el voto negativo de Fidel Carazo Hernández".

Bandrés, versión intelectual e inteligente de Letamendía, contó un milagro del Santo Consenso. Gracias a él, "quienes tendrían aquí que defender el socialismo van a defender el libre mercado".

Y Villar Arregui, orador que domina el lenguaje corporal con la maestría de un José Luis Gómez, alzó el brazo (aunque no a la romana) y dijo que aquello era una película donde los del consenso sabían el final de antemano.

Espereemos que, como una comedia americana, tenga un "happy end". ■ V. M. R. Fotos: RAMON RODRIGUEZ.



El presidente del Senado, Antonio Fontán, con los socialistas Aguiriano, Ramos (portavoz del grupo) y el diputado Chávez. Al parecer todo está pactado y bien pactado.